

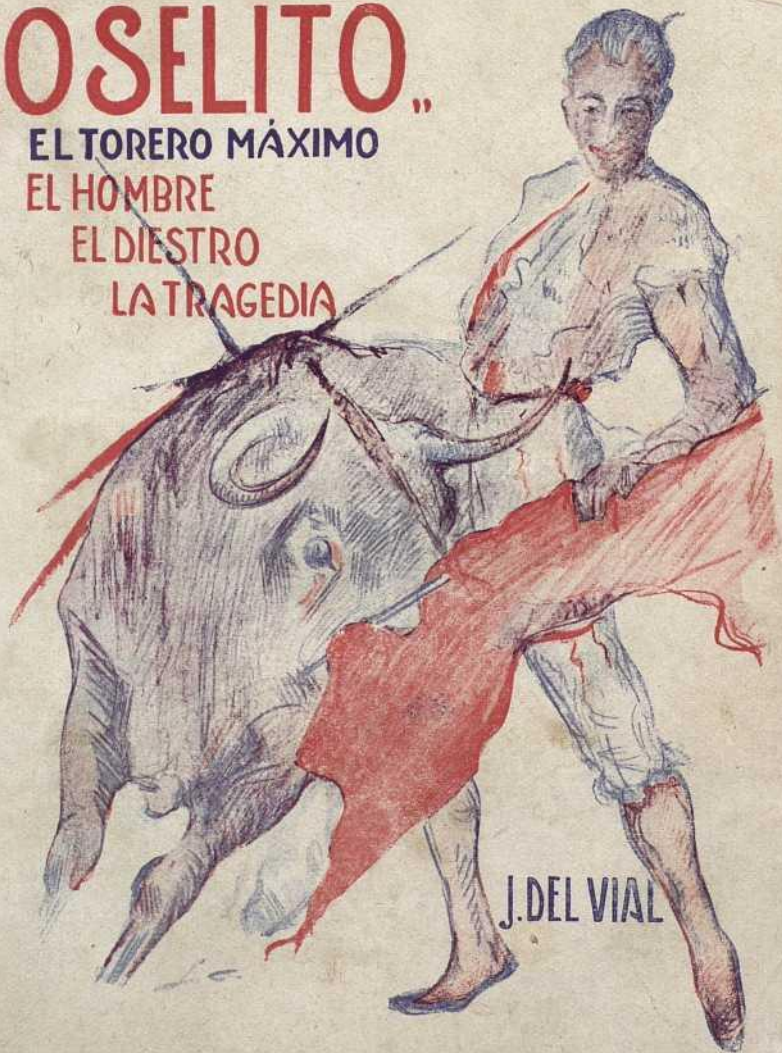
"JOSELITO"

EL TORERO MÁXIMO

EL HOMBRE

EL DIESTRO

LA TRAGEDIA



J. DEL VIAL

498-21

JOSELITO - EL TORERO MÁXIMO

J. DEL VIAL

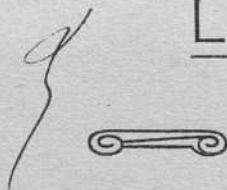
JOSELITO

TORERO MÁXIMO

El hombre

El diestro

La tragedia



C.ª Editorial de Publicaciones Españolas, S. A.

CÓRCEGA, 299

BARCELONA

La fiesta nacional

La Fiesta Nacional

Aunque no nos proponemos hacer obra de crítica, ni nos incumbe emprender una reseña histórica del arte del toreo, al tratarse de la desaparición de una de sus grandes figuras encajan perfectamente unas líneas acerca de la llamada fiesta nacional, que vendrán a ser una especie de preámbulo.

Remarcaremos aquí, por incidencia, las añejas pugnas entre taurófilos y taurófobos, las controversias a que ha dado pie el espectáculo castizo, la lidia de reses bravas el indecible *élan* de la lucha entre el hombre y la fiera; pero no la lucha brutal, primitiva, ordinaria; no el pugilato bestial de la racionalidad con la irracionalidad, sino el dominio y vencimiento por el arte y el valor, la gallardía ante la fuerza, la inteligencia ante la bravura.

En realidad, aun acatando el genuino carácter español de las corridas de toros, lo atrayente del espectáculo a pleno sol, con multitud de incentivos co-

loristas e inmensas muchedumbres apasionadas y entusiásticas; aun aceptando o reconociendo la emoción indecible de los lances y suertes del toreo, sus múltiples peripecias y su inmenso colorido; con todo esto y mucho más en pro de nuestro espectáculo, hemos de reconocer parte de razón en quienes lo censuran al fijarse sólo en su condición sangrienta y en su exposición manifiesta.

Pero ¿no estará en ello precisamente *elquid divinum* que nos atrae y nos subyuga, llevándonos al circo y arrebatándonos, quieras o no, al presenciar alardes y proezas, adornos y valentías?...

El hombre más frío acude a presenciar una corrida, y acaba por interesarse en ella, por entusiasmarse y, en ocasiones, por sentir el escalofrío del asombro.

Aun el más enemigo de nuestra fiesta nacional, si la corrida *resultó*, como se dice vulgarmente, sale de la plaza habiendo batido palmas si a mano viene, o por lo menos diciéndose a sí mismo—ya que no lo confiese—que *aquello* es positivamente algo.

Sí, es *positivamente algo*. Porque la razón o el fundamento de toda censura arranca precisamente de un negación.

Toda protesta es hasta cierto punto justificada, cuando el espectáculo se convierte en desdicha, cuando los factores todos, o parte de ellos contribuyen a desnaturalizarlo y, por tanto malograrlo.

Entonces sí, entonces la torería es una calamidad,

la arena un lugar de violencia, los elementos lamentablemente antipáticos, la finalidad verdaderamente sangrienta.

Y entonces es también cómo surgen, aparentemente apoyados en lo justo, los calificativos de *bárbara*, *imprudente*, *inculta*, *inútil*, etc., aplicados a la fiesta nacional.

El respeto a la lógica nos obliga a una serena reflexión. ¿Tildaríamos, por ejemplo el arte dramático porque algunas de sus obras pueden ser disolventes o anodinas, o estar mal representadas? Diríamos, como el emperador Bonaparte, que la música es el *menos ingrato de los ruidos*, porque una sinfonía fuese mal ejecutada, o se diere un concierto en local que careciera de condiciones acústicas?...

Las diatribas contra el toreo parecen estar en su punto cuando el arte de Montes es objeto, como quien dice, de profanación, cuando los toros no son toros o los lidiadores distan de merecer el diploma de entendidos, cuanto más el de maestros.

En cambio, cuando de entre la vulgaridad que la emulación engendra se destaca un astro de primera magnitud; al surgir, v. gr., un *Pepe-Hillo*, un *Cúchares*, un *Lagarlijo*, un *Guerrita*, etc., que a sus condiciones de excelente espada unen la de ser perfectos directores y organizadores, las inventivas ceden el paso a los elogios, por que una corrida deja de ser espectáculo deprimente y ruín para adquirir los verdaderos tonos de torneo artístico y bizarro.

Desaparece la inquietud, y asoman el agrado y el interés; huye la repugnancia, y triunfa la satisfacción.

No depondremos en pro del arte taurino con el gastado sistema de las comparaciones.

Sin embargo, séannos permitidas algunas observaciones.

El ludibrio con que han querido mancharnos algunos extranjeros— por más que muchos de ellos se aficionan a los toros con significativa lisura lleva un vicio de nulidad en el *boxeo*, o las riñas de gallos, o ciertos deportes de muy dudosa visualidad y más dudoso interés.

Téngase en cuenta que el mismo día en que ocurrió la trágica muerte de *Joselito*, perdieron la vida un hombre y un muchacho en un concurso deportivo.

Se nos argüirá, sin duda, que la práctica del deporte no carece de finalidad.

Convenido.

Dígannos, no obstante, qué finalidad apreciable persiguen los que en temerarios *raids* exponen su propia vida y la de su prógimo; los que se entregan a carreras locas o vuelos desenfundados, con peligro para sí y sus semejantes; los que toman por lucimiento y ostentación la velocidad automática entre nubes de polvo y de humo que apesta, haciendo espectáculo vanidoso, pueril y expuesto en el interior de las poblaciones, etc., etc.

No, la fiesta nacional española ni es deprimente,

ni bárbara, ni inútil cuando se celebra con todos los requisitos del arte y concurren todas las circunstancias que deben concurrir. Aparte de ser típica, es airosa, pintoresca, animada, sin que la emoción traspase los límites del placer estético y de la admiración ante el arrojo aunado a la serenidad y la presencia de ánimo.

Léanse estas juiciosas palabras de López Martínez: «Las diversas suertes que las corridas de toros se ejecutan, en vez de excitar la ferocidad lo que hacen es persuadir a la muchedumbre, más que podría conseguirse con una disertación filosófica, de la gran superioridad de la razón sobre la fuerza bruta.»

Y para los que dan el calificativo de bárbaro al espectáculo nacional, tuvo estas atinadas frases: «La barbarie consiste en lanzarse el hombre al peligro sin los necesarios medios de defensa, y en la probabilidad, por consiguiente, de perecer víctima de su arrojo.»

Claro que no darán por esto su brazo a torcer los tauróforos de toda laya. Seguramente nos opondrán que la seguridad es asaz relativa, que esas mismas lumbreras del toreo, muchas, demasiadas, han sido víctimas y héroes. Ahí están el propio José Delgado, y *Pepe*, y *Bocanegra*, y el *Espartero*, y tantos más...

Ahora fué *Joselito*.

Precisamente esto nos indujo a trazar estas líneas

y a dedicar al infortunado diestro, ídolo de los públicos, las páginas que siguen.

Es un homenaje sincero rendido a su memoria y como holocausto a la afición.

Calientes todavía sus cenizas, el tributo nos parece piadoso y justiciero, dedicándose con toda unción y a manera de jaculatoria o prez salida de lo íntimo.

Vida de *Joselito*

Vida de Joselito

Sus nombres eran : José Gómez Ortega, y adoptó el apodo de *Gallito III* ; pero familiarmente llamábanle *Joselito*, y este cariñoso mote cundió entre los aficionados, que no le designaban con otro nombre. Parece ser que José Loma le decidió a adoptarlo.

Fueron sus padres Fernando Gómez, el *Gallo*, matador de toros también, que tuvo su época de esplendor allá por los años 1880 a 1890, y doña Grabiela Ortega.

Nació José Gómez Ortega en Gelves (Sevilla) el día 8 de mayo de 1895. Contaba, pues, al morir venticinco años de edad y ocho días justos.

El poder del ejemplo y la fuerza del medio hubieron de manifestarse una vez más en el niño hijo de torero, alentando en ambiente taurino, respirando como quien dice afición taurina que se le salía por los poros ya en su más tierna edad...

No obstante, su existencia no podía decirse que fuese como tantas otras en que parece ser la fatalidad o la penuria la guiadora de los pasos del neófito.

Por el contrario, *Joselito* veía deslizarse tranquila y acomodada, sin bruscos embates ni rigores de infortunio.

Véase, pues, como lo dicho acerca del desarrollo de la afición en él fué espontáneo y nativo, no accidental o adquirido.

De esa infancia venturosa, lo que adquirió fué una distinción relevante, un aristocratismo singular.

Cierto es que ya pasaron los tiempos de la totería gitana, de achulapamientos impropios y maneras restringidas. Hoy un torero, sin renegar de su estirpe ni velar su condición, actúa como otro mortal cualquiera en los círculos sociales, viste y se porta a sabiendas como un caballero particular dentro de los cánones del buen gusto.

Un sólo apéndice mantiene como distintivo clásico: la imprescindible coleta. Pero ni estorba para el caso ni se la ostenta con afectación.

Se ha operado, en este aspecto de la tauromaquia, la evolución misma que en el comicismo. El histrión de antaño, repudiado socialmente o poco menos, es hoy el actor distinguido y agasajado que alterna con el linaje y es recibido con pleitesía en los salones,

José Gómez Ortega conservó siempre ese grado de distinción innata, abridora de todas las puertas y precursora de grandes simpatías.

Con ser a la poste el torero mimado y ovacionado continuamente, nunca perdió el carácter de perfecto *gentleman*.

Era muy niño aún, y le tentaba la lidia de reses bravas.

A los ocho años, en 1903, toreó por vez primera un becerro en el tentadero de Anastasio Martín.

Los que admiraron su precocidad, adivinaron al futuro matador, que tras de no pocos ensayos, prácticas y lecciones, con acopio de propio caudal, vestía el traje de luces el 19 de Abril de 1908, debutando en la plaza de Jerez de la Frontera con una cuadrilla formada por él y el *Limeño*.

Conocimos al padre de *Joselito* en Sevilla el año 1884. Nos le presentó un hermano de *Frascuero*, que residía en América y con el cual trabamos amistad en uno de sus viajes a España. Fernando Gómez, el *Gallo*, era por entonces un buen mozo y un buen espada. En cierta ocasión hubimos de hablar de las inclinaciones de *Joselito*. El padre se sonreía con mezcla de orgullo y de contrariedad.

¿Adivinaba las excelencias del futuro maestro y presentía un fin desdichado?

En rigor, todos cuantos se dedican al toreo se entregan a la eventualidad de una tragedia.

Pero la sangre moza no suele reparar en el peligro, y la vocación es un acicate irresistible.

Joselito no podía decir como el *Espartero*. «¡Más estocás da el hambre!»

En *Joselito* no había más que vocación.

Sí, había más en cierto modo: el germen visible de todo un torerazo.

Ya probadas las dulzuras de las palmas, la misma cuadrilla de los dos jóvenes novilleros fué a Lisboa a dar una corrida.

¡Pásmense los admiradores del malogrado *Gallito III*!

Aquella corrida la toreaban sólo por los gastos.

¿No apunta aquí ante todo la afición? ¿No se descubre ante este rasgo lo que se llama verdadera sangre torera?...

La faena fué tal, que en el país de Camoens torearon hasta diecisiete corridas de embolados.

Siempre en compañía de *Limeño*, rindió culto *Joselito* al arte tauromático durante tres temporadas, o sea, desde 1909 a 1911, comenzando a matar becerros, es decir, aproximándose al supremo gesto de los grandes lidiadores.

Y en 24 de octubre de 1911, *Joselito* se atrevió a más, o le dejaron que se atreviese a más, matando en la plaza de Sevilla un toro de cuatro años, de nombre *Avellanito*, al que podríamos llamar su primera víctima formal, el primer astado de algún empeño puesto al alcance de su estoque.

Había toreado el de Gelves nueve corridas de novillos en 1909, treinta y siete en 1910 y treinta en 1911, teniendo respectivamente catorce, quince y dieciseis años de edad...

En 13 de junio de 1912 debutó en Madrid. El primer bicho que mató en dicha corrida, llamábase *Escopeta*, y pertenecía a la ganadería de Olea.

El 28 de septiembre del mismo año, tomó la alternativa en Sevilla, dándosela su hermano Rafael y tocándole en suerte el toro *Caballero*,—nombre casi simbólico, pues parecía responder a lo del proverbio: *a todo señor, todo honor*—, de la vacada de Moreno Santamaría.

Poco después, en 1.º de Octubre, confirmaba la alternativa en Madrid, y Rafael cedíale el toro *Ciervo*, un Veragua jabonero claro, de rizada cabeza. Acompañábanle Pastor y Vázquez II, quien también recibió el doctorado aquella tarde.

Durante 1912, toreó *Joselito* cuarenta y cinco corridas.

Contaba diecisiete años.

Digamos aquí, que el mismo año recibió el bautismo de sangre.

Fué en Bilbao, el día 1.º de septiembre, es decir, cuatro semanas antes de tomar la alternativa. Lidiábanse reses de Gama, y al saltar la barrera, el primer toro le alcanzó produciéndole una herida en la pierna izquierda.

Por fortuna el percance fué de escasa gravedad, y curó a los pocos días.

Seguirle paso a paso en su carrera triunfal, sería labor ímproba.

Llegó a ser uno de los ídolos del público, y sus razones había para ello.

Pero de su arte hemos de hablar después.

Consignemos como pormenor curioso y que revela el grado de simpatía y de admiración alcanzado por *Joselito*, que éste toreó, desde que tomó la alternativa hasta la temporada última, 561 corridas.

El número de toros estoqueados era de 1299.

Más que a fortuna, a su conocimiento de las reses que había de lidiar debióse el que sus cogidas fuesen pocas y de escasa importancia.

Aparte de la de Bilbao, sufrió otra el 5 de julio de 1914, en Barcelona; en 19 de agosto del mismo año, otra en Bilbao; en 24 de septiembre de 1917, una en la ciudad condal; en 19 de mayo de 1918, una en Zaragoza, y el 1.º de mayo de 1919, una en Madrid.

Inauguró *Joselito* las plazas de Logroño, la *Monumental* de Barcelona, la de Albacete y la *Monumental* de Sevilla.

Dió la alternativa a los novilleros *Ballesteros*, *Angelete*, Félix Merino, *Camará*, *Pacorro*, *Valerito*, *Dominguín*, Sánchez Mejías Ernesto Pastor y Juan Luis de la Rosa.

Desde que tuvo cartel de matador, había esto-

queado *Joselito* en veititres corridas más de tres toros.

Se llegó a acusarle de tener cierto reparo a los miuras.

Y ¡lo que es la fama—vulgo maledicencia— muchas veces!, relativamente fué el torero que más bichos de Miura estoqueó.

Era también el que más orejas había cortado en las plazas de Madrid y Sevilla.

Los aficionados de Barcelona recuerdan aquella tarde soberbia del 6 de mayo, diez días antes de su muerte, en que *Joselito* lidiando reses de Santa Coloma, en unión de su cuñado Sánchez Mejías, estuvo sencillamente admirable.

Varios públicos de América tuvieron ocasión de apreciar las portentosas facultades de *Gallito*, dejando ringla numerosa de entusiastas e incondicionales que saludaban en él algo representativo de la Madre Patria.

La tarde infausta del 16 de mayo de 1920, en Talavera de la Reina, se tronchó esa flor lozana en todo su esplendor, brusca e inesperadamente, casi podríamos decir inconcebiblemente...

* * *

Hasta aquí nos hemos referido al torero.

Podemos hablar del hombre.

La biografía de un joven de veinticinco años,

aparte de lo que pertenece a su vida profesional, parece que ha de ofrecer escasa materia y datos bien poco interesantes.

¡Si casi es un albor!

Pero hay vidas intensas que, en un cuarto de siglo, revelan más que otras vidas de muchos lustros.

Algo hemos esbozado del contenido espiritual de José Gómez Ortega.

El *Joselito* particular merece alguna atención.

Cuando los detractores del toreo nos hablan del fatal embotamiento de la sensibilidad, producto del ejercicio de su profesión que encierra sólo rudeza y procedimientos toscos, recordamos, entre otros hechos, aquella alma heroica de Manuel García, *Espartero*, que embestía el sendero mortal con el pensamiento fijo en el cariño de su madre.

Y al volver a percibir el susurro del criticismo *enragé*, con ocasión de la tragedia de Talavera, pensamos en el alma tiernísima del incomparable matador, que era a la vez un amador incomparable.

¿Dónde está el encallecimiento de la afectividad, en ese joven valeroso que subyugaba a una fiera y se rendía ante un corazón femenino?

¿Dónde aparece la insensibilidad del espíritu, en ese gallardo espada que sostenía impávido la embestida de una res, y se turbaba y conmovía ante unos bellos ojos?...

En este terreno, que no es el privado propiamente, la vida de *Joselito* tiene algo de poética.

Con un esquema no más de su carácter y su temperamento, vislumbraríamos cumplidamente al sentimental, al hombre exquisito que se esfuerza en disimular sus cuitas, al ser interior que reduce gloria y fortuna a puro sentimiento.

José Gómez Ortega, no era un enamorado como tantos otros, sino en rigor un enamorado.

Hay en la breve historia de sus amores un punto de romanticismo que, en vez de desdorarle, le enaltece, como enaltece siempre lo que arranca del corazón.

Joselito era un refinado, no en el sentido de decadente; era un alma capaz de todas las bizarrías y todas las ternuras.

¿No dijimos que, desde niño, fué la distinción y la exquisitez en persona?

Incapaz de sensaciones bruscas, el vaho de sangre de su ejercicio profesional no conturbaba la ecuanimidad de su espíritu ni relajaba la delicadeza de sus voliciones. En la amistad y en el cariño, fué siempre primoroso y dulce. Estimó y amó de veras.

Aquella alma grande que podía con los bravos bichos, era grande también, aunque en forma distinta, para los afectos y las efusiones.

Si no perteneciese a la intimidad y, por lo tanto, no ofendiesen la memoria del difunto, algunos rasgos podríamos contar que le honran sobremanera, que prueban del todo nuestro juicio acerca del *Joselito hombre*.

Pero el detalle de su predilección amorosa es ya público, y a eso sí podemos referirnos.

El amor de su vida ardorosa y juvenil fué una muchacha digna de él, la hija del ganadero D. Felipe de Pablo Romero.



Corría una tarde abrileña, una de esas primaverales tardes sevillanas en que la atmósfera empieza a meter fuego en las venas, danzan los corpúculos, ríen los zaguanes y lujuriean los vergeles; un preludio estupendo del ardor estival.

Sentados a la mesa de un café, junto a un ventanal, platicaban dos hombres.

Afuera, se empinaban algunos *bebés* y se agrupaban algunos mozalbetes para mirar hacia dentro

Varios transeuntes acertaban también instintivamente el paso y dirigían sus miradas, entreveradas de curiosidad y complacencia, a uno de los dos hombres.

No hay para qué decir que uno de los dos hombres era *Joselito*.

La charla no era ciertamente accidentada, aunque sí pintoresca y expresiva.

Con ráfagas de melancolía en los ojos, decía José Gómez Ortega a su interlocutor:

—¡Y de qué le sirve a uno la gloria y la fortuna, si no ha de valer pa ezo?...

—No te despacientes, hombre, que tóos hemos pazao por eze sarampión.

—Te equivocas, compare. Yo no ziento hervores ni calenturas infantiles. ¿Estás? Lo que hay precizamente é que reflexiono con frialdá y comparo zuerte con zuerte.

—No puées quejarte de la tuya, ño tienes a Dió, compare.

—Fíjate : llegas tú, nuevo Robinsón, a un lugá dezierto con un magnífico petate y cargado de oro. Pué que logres salvarte de la intemperie ingeniándote el modo. Pero... ¿y comé, si el lugar no da de zí?...

—¡ Hombre !...-

—Escucha : los corazoncitos también comen, y no ze puée comprá ziempre con oro er alimento.

—Zé dónde vas a para...

—¡ Claro ! Vuelvo a preguntáte : ¿de qué me zirven a mi los tré millones ahorraos por virtud de mis riñone y de pazeá de pitón a pitón ezte pecho, con más er pico conseguí *de gañote*, si no pueo con todo ello comprar la feliciá?...

—Ez que la feliciá...

—Ez que la feliciá no eztá meramente en er aplauzo der público, en la fama que uno consigue, en que te jalee, y te ovacionen, y te musiqueen, compare...

—Cierto que no.

—Yo no anhele orejas ni rabos, que alientan la vaniá y llenan, si tú quieres, las esportillas... Lo

que yo quiero ez un corazón, un corazón que sé que late con er mío, pero al que obligan a ahogar los latíos...

—Pos si late por ti, no pazes pena... Tuyo va a sé...

—Mío, lo es ya, me consta. Por eza é mi amargura... Mi contrariedadá, paze. Eso ar fin es faena de hombre. Pero la suya... la suya me trae desconcertao, pos sé que sufre, ¿estás? sufre de veras...

En los ojos de *Joselito* se transparentaban sentimientos tristes, algo rebelde asomaba a ellos que la férrea voluntad del mozo contenía y obligaba a retroceder.

Así y todo, hubo de levantarse como movido por un resorte, y exclamó:

—¡Ea, vámonos!... Y no ze te ocurra en jamá de tu via decí que me viste llorá...

Realmente su interlocutor no habría podido decir tal cosa, pues *Joselito* lloraba, si acaso, por dentro.

Temió, sin duda, que le traicionaran las lágrimas, en un momento de exaltación amorosa.

* * *

Realmente el diestro sentíase contrariado. Seguro del amor de su novia, hallaba, no obstante, en la familia cierta oposición, que adquiriría caracteres de tenacidad.

El alma grande del inmenso torero se resentía no sólo por el torcedor de la negativa, sino también por constarle que era correspondido. Eran dos sentimientos muy afines, el amor y la estimación propia, que se sentían heridos por igual ante el fracaso.

Y sus íntimos, que le conocían bien, sabían que su presencia de ánimo y su entereza probada no dejarían de experimentar alguna sacudida.

Todo era callado, sordo, personal.

Apenas habría podido el más lince descubrir en la sonrisa del diestro una ténue expresión dolorosa.

Los públicos le aclamaban, y la sonrisa se imponía frecuentemente.

¿No parecía sonreírle a él todo?

Juventud, fama, riqueza...

Incluso amor, que era el coronamiento de su gloria.

Si escrúpulos sociales se interponían entre uno y otro corazón, todo un castillo de ilusiones vendría a derrumbarse.

Y entonces, ¿que valdrían la juventud, la fama y la riqueza?

Estos son bienes materiales, escalones únicamente de la cumbre ideal o espiritual...

Joselito toreaba sus corridas, mataba sus reses, desplegaba todos sus bríos y sus recursos todos, con el pensamiento fijo en un hada virginal, en una imagen de ensueño.

Así resultaba a veces su labor algo maravilloso, indecible, mezcla de arte y de milagro.

¡Cuán pocos podían barruntar el hilillo de luz que presidía a aquellos donosuras y aquellos arranques!...

El mago del capote, el coloso de la suerte suprema, el torero máximo se excedía a veces a sí mismo y llegaba a lo impresentible.

De un tiempo acá, sin tomarle asco a la profesión, soñaba a menudo en un hogar tranquilo, en un idilio inacabable.

Se le había escapado en ciertos momentos de expansión y efusión. Retirarse sin ruido, sin alharacas de ninguna especie, Brindar el último toro a la amistad, y despedirse del público.

¿Después?

Después la dicha, el hombrazo ahogando al torerazo, una gloria vocinglera sustituida por una gloria llena de susurros y chasquidos nada más.

Había que oírle pintando, con intermitencias donosas y frases entrecortadas, el cuadro de su dicha futura.

Más que lo que decía, era lo que insinuaba.

Y siempre con aquel don nativo del perfecto *gentleman*, todo gentileza y delicadeza, todo gallardía y compostura.

Se comprende que fuese tiernamente correspondido.

Y se comprende también que al cabo cesara la oposición y se disiparan las nubes.

Joselito podía amar libremente.

Y esa libertad, que llenándole de regocijo multiplicaba sus arrestos y sus filigranas artísticas, iba a privar prontamente a la afición del portento que la fanatizaba.

El sentimental anularía al artista taurino.

Pero ¿acaso por ser un sentimental no era un tan gran artista?

Un alma seca, inaccesible a la ternura, sólo es capaz de un toreo sin alma, todo lo bizarro que se quiera; pero *sin alma*.

El hombre, en *Joselito*, valía tanto como el torero.

O mejor, era un excelso torero precisamente porque era un excelso hombre.

Su misma propensión a lo supersticioso revelaba la sutilidad de su espíritu.

El temor no llegó a sentirlo nunca. Pero los presentimientos solían agobiarle. En sus mismos rasgos de previsión, notaréis el asalto de la superstición, alguna vez contradictoria.

Por ejemplo, resistíase o otorgar su última voluntad, por parecerle cosa de mal agüero; y, sin embargo, al embarcar para América, hizo testamento.

Era el *hombre*, el hombrazo todo espíritu y afec-

cionividad, imponiéndose hasta a lo que parece invencible.

El *Joselito* supersticioso, quedaba a la zaga del *Joselito* amante de sus deudos. El alma ofuscada, retrocedía ante el alma toda ternura.

Le ponía frenético o cariacontecido un augurio, una imprecación, y no se le ocurrió jamás que pudiera matarle un toro.

Ni lo creía él ni lo creía nadie.

Fué la exclamación de *Machaquito*, al enterarse del trágico fin: —«¿Será posible?... ¡*Joselito* muerto por un toro!...»

¿Conocéis el incidente que se supone ocurrido en su viaje a Talavera de la Reina?

Tiene tonos de verosimilitud.

Joselito iba acompañado de varios amigos y de su cuadrilla. El viaje era distraído, cordial, alegre. Abundaban las bromas y los chistes de todo jaez.

Al llegar a Torrijos descendieron algunos para ir a tomar un bocado en la cantina.

Fernando Gómez fué uno de ellos, y quiso comprar un pan grande para que alcanzara a todos.

Entonces se interpuso un sujeto desconocido, como intentando oponerse a la adquisición del pan.

Hízolo en forma tan destemplada, que Fernando hubo de replicar a tono con la intemperancia insólita.

Joselito observó desde el vagón la impertinencia,

y vió luego la actitud provocativa del individuo, que intentaba agredir a su hermano.

Saltó del vagón y afeó el proceder de aquel intruso.

Como no cesara éste en su bravuconería, *Joselito* acabó por abofetearle.

La bronca, como es de suponer, fué mayúscula.

Pero la intervención de los demás y la proximidad de la salida del convoy, evitaron que la cosa pasara a mayores.

Al separarlos, gritó aqel energúmeno, dirigiéndose al espada :

«—¡Permita Dios que te mate un toro esta tarde !»

La maldición gitanesca produjo efecto en el ánimo de *Joselito*, cuyos ojos se nublaron y no pudo ocultar la mala impresión que le producían aquellas palabras.

Partió el tren, y se desvaneció todo, cundiendo nuevamente la alegría entre los viajeros.

Sin embargo, la preocupación de *Joselito* se hizo patente, según las crónicas, al llegar al punto de destino.

Uno de los que le esperaban en la estación de Talavera de la Reina era el cajero de la «Asociación de Toreros», *Celita*.

—Tienes una corrida de mistó—díjole amigablemente.

Y a poco repuso :

—He visto los toros de cerca. Lo dicho, muchacho, una corrida hermosa y grande, unos bichos poderosos, de pitones, más nobles que el pan.

El matador seguía silencioso.

Hasta que preguntó a *Celita* :

—Pero ¿se dará la corrida? Porque en Madrid estuvo diluviando.

—Y aquí también. Pero ya ves, hoy no llueve.

—Si no fuera por lo que es—opuso *Joselito* yo no toreaba en esta corrida.

Las palabras apocalípticas del matón de Torrijos conturbaban al joven matador.

* * *

Ya podía abrir el pecho a la esperanza veía colmados todos sus deseos.

La familia de su novia quería entrñañablemente.

Su prometida le adoraba.

En el Banco de Sevilla tenía el cuantioso depósito de su fortuna.

El marqués de Urquijo lo asociaba a sus especulaciones, y aumentaba sus rentas.

Todos los públicos le veneraban.

Hasta los toros parecían respetarle.

Y hallábase en esa edad envidiable, el cuarto de siglo, toda color de rosa, toda vigor y esplendor, horizonte y luz...

¿Cómo había de pensar en la muerte?

En lo que pensaba era en su felicidad, en la Vida, la verdadera Vida.

«—Un año, pá el Pilar—había dicho a su gran amigo don Francisco Urzaiz,—cuando, veazté que m'acercó a su localidá a brindarle un toro, prepare un buen regalito. Aquel será el último toro que yo estoquee. Toíto mi entusiasmo será en adelante pa mi mujé.»

Pensaba hacer eso dentro de tres años y estando casado ya.

Aquel ángulo del café Nacional de Sevilla, que se ensombreciera un tiempo atrás y escuchara lamentaciones, ahora brillaba y oía palabras de ensueño que a las veces volaban por el cercano ventanal hacia lo ignoto, rozando impunemente los oídos extraños de los devotos del matador, que sólo tenían ojos para mirarle.

Tal era el hombre.

Era algo más.

Pero ese algo más va a traslucirlo el lector en otros puntos anecdóticos del gran torero.

Son a modo de chispazos anímicos, revelaciones de alma.

El arte del gran torero

III

El arte del gran torero

Una sola cosa verdaderamente bella, llena de gracia y de gentileza, exenta del desagradable espectáculo de la sangre y el dolor de las bestias, que a veces nos hace poner sordina al enfado contra los taurófobos, tiene nuestra fiesta nacional: la capa y la muleta.

La gallardía y la habilidad de un buen torero, que sabe engañar con la capa y la muleta graciosamente al noble bruto lleno de coraje y de dolor, es lo que constituye la verdadera almendra, el corazón, lo sabroso del arte taurino.

Esto es también lo que llena las plazas de bote en bote, al anuncio de los grandes maestros del toreo.

¡Oh, las *grandes tardes*!

Mucho sol, mucha gente y mucho estrépito por las calles... Coches con cascabeles... los *autos* atiborrados de gentes felices, con hombres muy *majos*

y mujeres de mantilla, semejantes a grandes flores... Peatones en ringlera que llenan las calles... chasquidos de látigo, sones de bocina, chirridos de ruedas, murmullos continuos, voces extemporáneas, gritos incitadores, polvo intempestivo a pesar del riego, vendedores de abanicos, ambulancias veraniegas, relinchos de caballos y alertas de conductores...

Es el clásico ambiente español, un poco pagano y un mucho moruno que marea, que aturde, que enerva...

Tardes en que se dijera que todo el mundo es feliz, y en que la sangre se caldea con un fuego más vivo...

Acaso está ya en la plaza nuestra novia, en un palco, rojo el semblante y más rojo el pecho, lleno de claveles, que espera sin duda prodigarnos sus sonrisas, asaetarnos con sus miradas, más guapa que nunca... Allí es sultana de nuestros pensamientos, reina de nuestros latidos, señora de nuestra alma...

Ya pasa el coche de los toreros, esas cumbres llamadas *Joselito*, el *Gallo*, *Belmonte*, *Bombita*...

Vemos el carmen andaluz y en la casa oculta entre naranjos, la madre y la novia del torero, que lloran y esperan...

¡Oh, España!... ¡oh, ardores africanos!... ¡oh, gallardías arabescas!...

Y nosotros experimentamos también un escalofrío de tragedia y de heroísmo.

¡¡ A la plaza !! ¡¡ a la plaza !!...

* * *

Tardes magníficas, tardes inolvidables... *Joselito* y *Belmonte* eran los dos niños *fenómenos*. El público estaba harto de los grandiosos volapies de *Machaquito*, y del toreo casi *científico* de *Vicente Pastor*, y hasta de las *espantás* del *Gallo*; el único que aún no le cansaba era el *Bomba*, el gran *Ricardo*, el torero elegante de la sonrisa, con el que íbamos a la plaza seguros de que no habría tragedia.

Pero el *Bomba* también se marchaba.

¿Y quién sustituiría a los tres o cuatro grandes diestros que se iban?

Teníamos un gesto de pena.

Ya no habría el *arte*, ni la *gracia* en los ruedos.

Cuando he aquí que surgen *Joselito* y *Belmonte*, superando en arte, y en gracia y en finura a cuanto habíamos visto, y puede que a cuanto había existido en la profesión.

Recordamos aquellas tardes.

Joselito y *Belmonte*, mano a mano, mataban toros cada día, entusiasmando a los públicos de toda España de un modo delirante.

Los inteligentes descubrieron bien pronto en cada uno de los dos *fenómenos* un arte, una gracia particular. Los dos eran el arrebató, la pasión, el ansia de *llegar*, costase lo que costase, exponiendo la vida a cada momento, sin medir ni las facultades propias ni las condiciones de los bichos.

Pero Belmonte entusiasmaba más bien por su audacia y su valor que por su arte, al paso que *Joselito* levantaba a las muchedumbres por su habilidad, por su maestría, por su serenidad incomparable, y más aún por su donairoso empleo de la muleta o la capa y su maravilloso conocimiento de las cualidades de las reses, apreciadas a simple vista.

Era como el Beethoven del toreo.

Ni en las *verónicas*, ni en los *quites*, ni en los *recortes* ni en los *faroles* le ha superado ni le superará nadie a *Joselito*.

Hasta las *guonesas* las ejecuta mejor y con más precisión que su propio cosechero, don Rodolfo Gaona.

Decir que ha sido *Joselito* el mejor banderillero que ha tenido y tendrá la tauromaquia, todavía es decir poco. Eso lo saben todos los aficionados con sólo recordar que a más de un toro llegó a ponerle ¡¡*seis pares de banderillas*!!), como hizo con el broncón y difícilísimo muruve de las ferias de Pamplona el año de gracia 1915, y con el miura de Mur-

cia en septiembre del mismo año, el que cogió a *Cantimplas*.

En la corrida de beneficencia de Madrid del año 1916, *Joselito* puso cuatro pares a uno de los miuras como no podrá hacerlo ningún torero, es decir, uno de frente, el segundo recibiendo, el tercero al sesgo, y el cuarto, estando el toro avisado, *recibiendo también*.

Verdad es que el cornúpeto le dió un tremendo varetazo en el pecho, que le trompicó, y no hubo un que sentir, gracias a su hermano Rafael.

* * *

Ha sido también *Joselito* el mejor y más hábil y más elegante de los toreros con la muleta.

Es verdad que no daba los pasos de pecho como los da Belmonte; pero ni éste ni nadie dará los bajos, los naturales y los de terreno cambiado, como el gran *Joselito*.

Nadie, ni aun el *Bomba* ha sabido nunca *obligar*, ni *preparar* a los toros, ni *castigarlos* con el trapo como *Joselito*.

Tenía la vista única para saber de qué lado había que coger al enemigo, en qué terreno y de qué manera.

Saben perfectamente los aficionados que *Jose-*

lito hablaba y gritaba mucho a ciertos toros al pasarlos, mientras que con otros ni se le oía respirar al hacer la misma faena. En el Casino de Murcia explicó él una noche este extraño proceder, diciendo a un grupo de amigos y admiradores: «—Hay toros a los que se les domina con la voz como a un perro y hay otros que, si os oyen chistar, estais *facturaos*.

Nadie como él, o mejor dicho, *unicamente él* supo dirigir la lidia, después de Ricardo Torres. Y en *sus tardes*, en las grandes tardes *joseliticas*, íbamos a la plaza tranquilos, sonrientes, pensando: «No pasará nada, está el inconmensurable, el monumental *pararrayos* taurino.

Ni Belmonte, ni *Bombita*, ni Gaona, ni siquiera su propio hermano Rafael han hecho lo que hizo *Joselito* en octubre de 1915, encerrándose él solo con seis toros de diferentes ganaderías (Muruve, Parladé, Miura, Vicente Martínez, Veragua y Santa Coloma,) correrlos, bandirillearlos a cuatro de ellos y matar a los seis magistralmente; lo que le valió el ser sacado en hombros por la puerta grande hasta la calle de Alcalá.

Y si me recordáis las cinco verónicas sin enmendarse que dió Belmonte, novillero aún, en Madrid aquella tarde de mayo de 1913, yo os recordaría las cuatro de *Joselito* en Valencia, en las ferias del año siguiente, y la faena inolvidable con el miura de su alternativa en Sevilla... y tantas otras de difícil recordación, porque habría que ir anotando to-

das las tardes en que el portento se las hubo con astados.

Bueno, pues, añadid su elegancia y su distinción, su afabilidad y su manantial de simpatía, que en la arena se escapaba a raudales.

Era el nuevo torero de la sonrisa, el jefe insustituible de la lidia, el joven valiente y arrojado, el diestro por antonomasia, a quien sólo podía derribar un toro broncón y avisado, mala jeta, como el de la ínfima plaza de Talavera de la Reina...

Si la fiesta genuinamente española que, como hemos dicho, revela algo gentil y pagano, nos infiltrara la espiritualidad fatalista de su esencial manifestación, diríamos que el destino llevó a ese incomparable maestro de la tauromaquia, que tantas veces toreó ante reyes e hizo llorar de emoción a las lindas marquesitas de minué, a ese apartado rincón de la península donde un bicho indecente, impropio de él, había de revocarlo en una inconciencia brutal que casi constituía una justicia : la de reconocerse indigno de recibir la muerte de manos del coloso.

* * *

Era *Joselito* la viva encarnación de Juan Gallardo, el protagonista de la novela de Blasco Ibáñez, *Sangre y Arena*. Joven, guapo, simpático a más no

poder, sevillano y generoso... Se lo *comían* las mujeres con los ojos.

Algunos han atribuído, no sin parte de razón, el no haber sufrido nuestro torero cogida alguna de importancia, a la suma de facultades que le concedió la Naturaleza.

Realmente, parecía hecho para la profesión.

Fino, ágil, y al mismo tiempo musculoso y fuerte, con una resistencia física a toda prueba ; brazos y piernas largos, temperamento nervioso, pero con un gran dominio de sí mismo, y sobre todo esa *vista* especial que caracteriza a los grandes lidiadores de reses bravas, rápida, certera, desde que el bicho sale del toril.

Pero si bien es cierto que *Joselito* ha sido el torero de más facultades naturales, desde los gloriosos tiempos de *Cara-ancha* y de *Bocanegra*, de *Fras-cuelo* y *Lagartijo*, hasta llegar al Guerra y al moce-tón Mazzantini, no lo es menos también que nadie antes que él, ni con él, tuvo, ni ha tenido, ni tendrá ya nunca aquel arte, aquella suprema maestría torera, aquella incomparable gracia con los toros, a los que venía como jugando con ellos, sin dejar de sonreírse nunca, sin perder nunca ni su dominio ni su terreno, ni dar un paso, ni hacer un gesto, ni mover la muleta o la capa un milímetro que no estuviera previamente calculado, estudiado y decidido con celeridad y finura.

Por todas estas razones era *Joselito* el torero cumbre, el *torero máximo*.

En la plaza y fuera de ella, en la tertulia, en el seno familiar, en el círculo o en la calle, dondequiera fué siempre *Joselito* el muchacho bueno y simpático, arrebatado a veces como buen andaluz, pero pronto a reprimir sus ímpetus, con un corazón de oro y una presencia galana.

Pues bien, todas esas pruebas personales o morales, traducíanse en una labor torera incomparable.

El torero clásico, el que nos pinta con trazo seguro el novelador valentino, el que harto de ver en las lujosas casas de los ganaderos, los aristócratas y los potentados sevillanos, sus amigos, grandes y severas bibliotecas, se avergüenza de no tener un mal libro y entra en una librería encargando que le envíen a su casa *tres mil pesetas de libros, si può ser de esos que tién dorao*; ese torero, decimos, carecía por lo común de distinción social, de maneras pulcras, y como carecía de ello, su labor debía forzosamente resentirse de tosquedad, aunque abundase en osadía o arrojo.

Joselito no, *Joselito* era el torero helénico, ponderado, escultural, sobrio, justo, perfectamente artista.

Si todo andaluz lleva dentro de sí, innatamente, y más si es torero, un gitano y un príncipe en *Joselito*, sevillano, macareno, había infinitamente más de lo segundo que de lo primero.

Y así su brega, su labor era principesca, no en una suerte, en todas.

Suscribimos gustosos los siguientes párrafos de un escritor taurino, muy ajustados a la verdad, para que no se diga que la pasión nos ciega, que nuestros entusiasmos no nos dejan hacer justicia, o que nuestro dolor trastorna nuestro juicio :

«Nadie como él, efectivamente, tuvo el dominio, las facultades, el conocimiento, el arte que precisan para *poder* a los toros y para arrebatarse a todos los públicos.

»Aun a sus más acerbos detractores, que los tenía, lograba, cuando en ello se empeñaba, demostrarles que su arte era único.

»Joselito Maravilla, Joselito el Sabio se le había llamado, y maravilloso era su arte y asombrosa era su sabiduría taurina.

»Precisamente la causa de que se le discutiera era porque toreaba con tal seguridad, con tal exceso de facultades, que quitaba al toreo toda sensación de peligro.

»Al morir *Joselito*, la fiesta de los toros sufre un terrible golpe. Las corridas perderán todo o casi todo su interés.

»¿Quién podrá suceder a *Joselito*? Nadie.

¿A quién podrá ponerse enfrente de Belmonte, para dar a las corridas aquel grandísimo interés de la competencia entre ambos diestros? A nadie tampoco. Por lo menos, hoy por hoy.»

¡ Lloro, muchacha sevillana, llora ! A la alta noche, él ya no vendrá a interrumpir el llanto de la fuente de tu carmen florido, pisando sobre las losas con sus fuertes botas de campo... Ya no vendrá, solo, él, acostumbrado a llevar siempre una multitud tras sí, a decirte su ternura y su amor...

Te harán coro, linda muchacha sevillana, muchos ojos en las dormidas capitales de provincias, poblaciones grandes de las ferias y populosas ciudades como Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, etc, cuyos paseos animó. Ya no le verán pasar con el traje de luces al ir y al volver de la plaza, sonriendo a la ida y sonriendo a la vuelta.

¡ Pobre *Joselito* !

La tragedia

IV

La tragedia

LA PLAZA DE TALAVERA

La plaza que había de ser escenario de la tragedia, fué reedificada en 1890. Existía a extramuros de Talavera de la Reina (Toledo) una plaza con cabida para 4000 espectadores. Su mal estado hizo que (en 1889 se pensara en la reconstrucción, empezándose las obras a fines de dicho año y terminándose en agosto del siguiente.

El circo en cuestión es de obra, de forma circular, constando de un piso destinado a tendidos, con ocho divisiones con sus correspondientes barreras, contrabarreras, delanteras, balconcillos, sobrepuestas, tabloncillos y varias filas de asientos sin numerar, una meseta con delanteras y asiento general, y otro piso destinado a palcos, capaces cada uno para diez personas, de las que una parte se vende por asientos.

Después de la reforma, la cabida total de la plaza viene a ser de unas 5000 almas.

Hay cinco puertas de entrada y diez escaleras en el interior para facilitar el paso a las localidades.

El redondel tiene un diámetro de 45 metros, y el callejón una anchura de 1'50 metros, aproximadamente.

Las dependencias de esta plaza son las usuales en edificios de esta índole : caballeriza, corrales, corraleta de apartado, ocho chiqueros y enfermería. En ésta, que ocupa un espacio bastante reducido, suele haber dos camas dispuestas.

La plaza reedificada se inauguró el 29 de septiembre de 1890, con una corrida superior. Seis toros de la ganadería de don Enrique Salamanca, dueño de la plaza, que fueron lidiados por Fernando Gómez (*El Gallo*), padre como es sabido del infortunado José, y Antonio Arana (*Jarana*), con sus respectivas cuadrillas.

El padre, pues, pisaba por primera vez la arena que treinta años más tarde había de pisar por última vez el hijo...

Los días 15 y 16 de mayo celebra Talavera de la Reina sus ferias. Al año siguiente de la inauguración diéronse dos corridas en dichas fechas.

Estoqueó en la primera corrida cuatro toros del propio Salamanca Rafael Guerra (*Guerrita*), y en la segunda mataron cuatro toros de don Jacinto Traspalacios Fernando Gómez y Antonio Arana, es de-

cir, los mismos matadores que inauguraron el año anterior el redondel.

Todos los años, invariablemente, se celebran en dicha plaza las dos corridas de feria, y en lo restante de la temporada se suelen dar corridas de novillos.

En la segunda, pues, de feria del presente año (1920) sucumbió el infeliz *Joselito*.

¿Cómo ocurrió el mortal percance? Se ha referido por diversos modos.

Lo más aproximado a la verdad parece ser lo que recogemos en estos apuntes.

Hemos consultado varias referencias y hubimos de dirigirnos a testigos presenciales.

Establecemos los hechos en esta forma :

Primero y principal : *Joselito* trabajó con cierta preocupación de ánimo.

¿Influiría el incidente ocurrido en el viaje?...
 ¿Embargaban su espíritu pensamientos de índole íntima?...
 ¿Eran los toros de Ortega escamones y ya bregados?...

Se asegura que el diestro, siempre tan pulcro y atildado en la plaza, tuvo que recoger por dos veces la faja que se le caía.

Y se atribuye a su cuñado la observación de que *Joselito*, a poco de lidiar, llevaba la taleguilla empapada en sudor.

Alguien le oyó decir :

«—¡Qué duros son estos bichos !...»

Estaba escrito seguramente.

Cuando se organizó la corrida, fué contratado Sánchez Mejías, y alguien hubo de recomendar a *Larita*, quien envió el contrato en blanco. Pineda compró entonces el lleno, y propuso al *Gallo*.

Joselito hubo de preguntar al apoderado :

—¿ Por qué no me contratan a mí ?

—Porque eres un torero muy caro,—respondió Pineda.

A lo cual opuso el espada :

—Sí, pero también el que resulta más barato, pues soy el que lleva más público.

El hijo de la ganadera optó por *Joselito*, conviniéndole mucho que probase sus reses.

Y el diestro, efectivamente, llevó numeroso público... a presenciar su trágico fin.

LA CORRIDA INFAUSTA

La corrida empezó estando algo mojado el ruedo. Salió el primer toro, abanto, y *Joselito* hubo de sujetarle con unas verónicas superiores.

Llegó el bicho poderoso a la muerte, y el diestro lo muleteó haciendo una faena de defensa.

Hubo de aguantar con arte varias coladas peligrosísimas.

Dió un pinchazo, una estocada y un descabello. Sánchez Mejías se entendió con el segundo, habiéndose visto algo apurados en banderillas los peatones. Muleteó con arrojo y dió un pinchazo y una estocada de las definitivas o de *amén*.

El tercer toro proporcionó a *Joselito* ocasión de lucirse, como él sabía hacerlo. Capeó en pie y arrodillado, y las ovaciones fueron constantes y de las que repercuten.

Al matar, agarró media estocada en su sitio, y la ovación fué estruendosa.

Parearon el cuarto ambos matadores, con valentía y acierto, muriendo el bicho a manos de Sánchez Mejías, quien dejó una estocada contraria, tras de un trasteo de adorno.

Y salió el quinto toro, de nombre *Bailador*, grande, potente, pero de cortas armas y adelantando la cabeza a cada lance.

Joselito lo sujetó y castigó con algunas verónicas superiorísimas, defendiéndose *Bailador* con visible trastienda. Era codicioso, y buscaba el bulto continuamente, por lo cual el espada acercósele con precaución y lo trasteó con la derecha, dando unos cuantos pases naturales de los de Academia, es decir, perfectamente sabios.

Sánchez Mejías no cesaba de mirar alternativamente a su cuñado y al toro.

El banderillero llamado *Cuco*, se colocó detrás del matador.

Se habría dicho que empezaba a dominar la inquietud.

Joselito, le dijo a su peón :

—¡ Quítate ! Ya estoy al tanto.

El presagio de la catástrofe invadía muchos corazones.

De algunos tendidos gritaban al espada :

—¡ Cuidado, *Joselito* ! ¡ Anda con ojo !

Al iniciar el tercer pase, se produjo lo temido.

Unos dicen que el espada resbaló y cayó delante del toro, otros que perdió un segundo al preparar el trapo. Ello es que la bestia se arrancó y enganchó al diestro, volteándole horriblemente y pasándolo de pitón a pitón hasta soltarlo en tierra, metiéndole entonces el cuerno en el vientre.

El estupor fué grande.

Los toreros llevábanse al toro de cualquier manera, y a Sánchez Mejías le faltó poco para ser alcanzado.

Al sentirse herido, José Gómez encogió las piernas y se cubrió la cara con las manos.

Luego llevólas al bajo vientre, haciendo horribles muecas de dolor.

Intentó sentarse en un estribo próximo, pero cayó desplomado al tiempo que acudían las asistencias para conducirlo a la enfermería.

Sánchez Mejías, que en el primer momento no creyó que la cogida fuese mortal, mató al cornúpeto de una estocada ladeada.

No hay para qué decir que la lidia del sexto toro careció de interés y fué ejecutada a salir del paso.

Antes de terminar la corrida, muchos espectadores abandonaron los tendidos.

Cuando terminó la lidia y se supo la triste verdad, todos los toreros y muchos aficionados lloraban.

Sánchez Mejías sufrió un síncope.

Al entrar el herido en la enfermería, donde los médicos le reanimaron por medio de una inyección de cafeína, se le saltaron unas lágrimas...

Y alguien pudo hacer memoria de aquellas palabras susurrantes dichas hacía algún tiempo en el Café Nacional de Sevilla :

«—¡ No ze te ocurra en jamá de tu via decí que me viste llorá !...»

¡ El infeliz ahora lloraba en silencio, no conseguía contener la expresión de dolor, las traicioneras lágrimas !

Y ¡ qué de cosas no querrían decir resbalando furtivas por el rostro cadavérico !

Tenía *Joselito*, según el exámen médico, varias heridas en distintas partes del cuerpo, y una en el vientre mortal de necesidad, de doce centímetros de extensión por diez de profundidad.

En la enfermería reuniéronse ocho médicos.

Cuando el espada se repuso del primer colapso, parece que exclamó en voz muy débil :

—«Llamar al doctor Mascarell, pues me muero.»

El doctor Mascarell era el médico de su confianza. Quiso cogerle la mano el banderillero Blanquet, y *Joselito* apenas pudo pronunciar :

—«¡ Déjame, que me muero !»

Efectivamente, dejó de existir.

Cubriéronse en seguida las paredes de la enfermería con paños negros, colocáronse blandones encendidos, y quedaron velando el cadáver individuos de las dos cuadrillas que habían toreado juntas aquella tarde. La sonrisa peculiar del inimitable matador, se volvía a dibujar, fúnebre y atrayente a la vez en aquel rostro exangüe...

EL CADÁVER EN TALAVERA

Practicada la autopsia, se procedió al embalsamamiento del cadáver, sacándose una mascarilla.

Encerrado en lujoso ataúd de caoba con adornos de plata, traído de Madrid, se permitió horas más tarde al público que desfilara ante los despojos del gran torero.

Luego se le trasladó a la estación para conducirlo a la corte.

Presidieron la fúnebre comitiva el gobernador de Toledo y el alcalde de Talavera, concurriendo el

Ayuntamiento con sus maceros y una enorme muchedumbre.

Las mujeres arrojaban flores al paso del féretro.

Como pormenor curioso, mencionaremos que el alcalde de Talavera había presidido la corrida, y tal impresión le produjo el trágico suceso, que juró no volver a presidir ninguna otra corrida.

Muchos aficionados fueron en el mismo tren que conducía el cadaver de *Joselito*, y hubo que enganchar por dos veces nuevos vagones.

El hermano del infortunado torero, Rafael, el *Gallo*, había llegado a Talavera de la Reina en automóvil, a media noche.

Se le había dado la noticia de la cogida, sin precisarle la gravedad.

En el camino se enteró de todo.

Sánchez Mejías le aconsejó que no fuera a la plaza, pero Rafael se empeñaba en ver a su hermano. Sin embargo, no se atrevió.

Pidió que le entregaran la coleta, que había cortado un banderillero.

Entre tanto, la noticia de la muerte de *Joselito*, había trascendido por toda España, causando verdadera sensación.

Con el dolor se mezclaba el asombro.

Nadie acertaba a comprender cómo un toro había podido alcanzar al famoso espada, que tan certera vista tuvo siempre para el ganado.

En Madrid se recibió la noticia de la muerte del

diestro a las ocho y media de la noche del domingo 16.

En Barcelona ocurrió lo mismo, comentándose el suceso hasta altas horas de la madrugada.

A pesar de la prohibición contenida en la ley del descanso dominical, los diarios madrileños *El Liberal* y *El Mundo* pusieron a la venta sendos extraordinarios dando la noticia con todas las informaciones que en los primeros momentos se pudo recoger.

El público arrebatava materialmente los números de dichos diarios de manos de los vendedores.

LLEGADA A MADRID

A las seis de la tarde del día 17 llegó el cadáver de *Joselito* a Madrid.

Se tuvo el propósito de trasladar inmediatamente el féretro al tren de Andalucía, para conducirlo a Sevilla; pero el público numeroso que había en la estación hubo de oponerse e impedirlo.

Resolvióse entonces llevar el cadáver al domicilio del infortunado matador, que lo tenía en la calle de Arrieta, número 12.

El gentío que iba detrás del féretro era enorme.

A la estación habían acudido todos los toreros que había en la corte, y millares de aficionados.

Belmonte, *Machaquito* y Vicente Pastor figuraban en la comitiva.

El féretro fué sacado del furgón y conducido a hombros todo lo largo del paseo de las Delicias hasta la casa mortuoria.

Los telegramas de pésame a la familia se recibían en número incontable.

El rey envió a Sevilla uno sentidísimo.

Belmonte demostraba una consternación indecible. En los últimos años, habían llegado los diestros a un grado de amistad verdaderamente fraterna, y la competencia del oficio no entibiaba en lo más mínimo aquella efusión fraterna.

Durante la noche del 17, fué velado el cadáver por individuos de la cuadrilla de *Joselito* y muchos toreros, estableciéndose turnos de dos en dos.

Se dijeron misas en la capilla ardiente desde las ocho y media de la mañana, siendo oídas por los deudos e íntimos del finado, y una de ellas por el representante del rey, coronel Losada, encargado de dar el pésame a la familia.

A la que se celebró a las once y media, asistieron el Sr. Maura, el exministro Sr. Silió y el conde de Heredia Spínola.

El presidente del Consejo, D. Eduardo Dato, estuvo en la casa mortuoria, firmando en las listas,

donde aparecían los nombres más ilustres, y se llenaban por centenares.

Se empezó a recibir coronas en gran número, enviando una monumental la Asociación de Toreros. A las tres horas, pasaban de cien.

Casi todos los clubs taurinos de España cerraron sus puertas en señal de duelo.

Lo mismo se hizo con aquella ventana del café Nacional de Sevilla, junto a la cual solía sentarse *Joselito*.

Rafael Gómez, hospedado en el hotel Victoria, inspiraba verdadera compasión. El doctor Mascarell hubo de prohibirle que abandonara sus habitaciones. El hermano mayor de *Joselito* negábase obstinadamente a tomar alimentos ni medicinas.

Los facultativos estaban acordes en prohibirle que acompañara a Sevilla el cadáver de su hermano.

* * *

Mucho antes de la hora anunciada (cinco de la tarde del 18) para conducir a la estación del Mediodía el cadáver de *Joselito*, la calle de Arrieta era un homiguero de gente, y lo mismo las calles afluentes.

Guardias de seguridad de a pie y a caballo procuraban guardar el orden, sin conseguirlo por completo. El alud humano porfiaba por romper el círculo opresor.

Una vez más se patentizaba la inmensa popularidad del diestro fallecido.

Todas las clases sociales querían exteriorizar su duelo.

Poco después de las cinco, varios individuos de la cuadrilla de *Joselito* bajaron a hombros el cadáver, colocándolo en una carroza estufa, tirada por ocho caballos empenachados, con palafreneros y precedida del clero parroquial con cruz alzada.

Después de entonado el reponso, púsose en marcha el cortejo.

Abrían ésta cuatro guardias municipales de a caballo, siguiendo varios landós repletos de coronas y flores.

Los coches llevaban los faroles con crespones negros.

Detrás marchaban individuos de la cuadrilla del difunto, llevando cada dos de ellos una corona.

Figuraban en el cortejo infinidad de personas, gran número de admiradores de *Joselito*, compañeros de profesión, ganaderos, etc.

Componían la presidencia del duelo Sánchez Mejías, hermano político del difunto; el duque de Veragua; Joaquín Menchero, gran amigo de *Joselito*; el administrador de éste, su apoderado señor Pineda; el picador Camero; Juan Soto; Dario López; Vicente Pastor; el revistero *Don Pío*; *Saleri II*, en representación de la Asociación de Toreros; *Celita* y otros.

Las calles del Arenal, Puerta del Sol, Alcalá, Prado hasta la estación del Mediodía, estaban atestadas de público.

Descubriéndose los hombres al pasar el cadáver, y muchas señoras lloraban y arrojaban flores.

Al llegar el cortejo a la Puerta del Sol, entró en la calle de Espoz y Mina para pasar por delante de la Asociación de toreros.

Colocáronse allí muchas coronas sobre el féretro, y agregáronse a la comitiva muchos compañeros de profesión de *Joselito*.

En la Puerta del Sol, se cantó otro responso.

Nuevamente en marcha el cortejo, al llegar a la estación fué conducido el féretro, en hombros del peonaje de la cuadrilla del infortunado espada, hasta un furgón cubierto de crespones negros y que fué convertido en capilla ardiente.

En él fueron colocadas todas las coronas y flores.

Inmediatamente fué enganchado en el expreso de Andalucía.

Acompañando al cadáver, marcharon a Sevilla muchos parientes, amigos y admiradores de *Joselito*.

EN SEVILLA

El capellán del cementerio de Sevilla, previsor sin duda, pidió con tiempo al gobernador civil que, durante el acto del entierro, fuesen numerosas las fuerzas de la guardia civil que prestaran servicio.

La psicología de la multitud no era por lo visto desconocida de ese buen sacerdote, amante del orden y perfecto conservador del sagrado de las tumbas.

Ello da una idea de lo que desde luego se barruntó que iba a ser el entierro de *Joselito* en Sevilla, aquella ciudad que amó y prefirió con pujanzas de hijo amantísimo de la tierra.

Tan pronto se supo el fatal desenlace, el alcalde de Sevilla dió el pésame a la familia, y los faroles del paseo de Hércules fueron cubiertos con crespones negros.

En los escaparates de muchas tiendas veíanse hermosas coronas preparadas para el entierro, todas ellas de gran valor. Las del «Círculo Joselito» eran primorosas.

Un enorme gentío acudía al café Nacional, estacionándose ante aquella ventana junto a la cual había la mesa donde acostumbraba a sentarse *Joselito*.

El duelo popular era grande, no se hablaba en Sevilla de otra cosa que del luctuoso suceso,

Todo hacía presentir una imponentísima manifestación.

Y, en efecto, hemos de ampararnos de la brevedad, porque toda reseña resultaría pálida.

Los retratos de *Joselito* se veían por todas partes. La memoria del héroe de la tauromaquia lo invadía todo.

Rostros lindísimos aparecían surcados de lágrimas.

La gente machucha hacía memoria aún del padre de José, aquel inolvidable Fernando Gómez, el *Gallo*, hijo de Sevilla también, bautizado en la parroquia de San Lorenzo, sin par en el quiebro de rodillas, *su quiebro*, su invención peonera, clásico también con el capote y la muleta, retirado del toreo en 1896, un año después de nacer *Joselito*...

Sonaba también el nombre de Manuel García, el *Espartero*, sevillano asimismo, a quien dió la alternativa Antonio Carmona, el *Gordito*, otro macareno, confirmada en Madrid poco después por el *Gallo*, y a quien vieron morir los aficionados de Madrid, en forma parecida al pobre *Gallito*.

Parecía renacer, en cierto modo y por virtud de la tragedia que venía a conturbar las mentes, aquella querencia singular a la escuela sevillana, rival de la cordobesa, que *in illo tempore* mantuvo a la afición en apasionada porfía...

En cada corazón sevillano había un lugar para *Joselito*.

Cada uno de ellos parecía latir de impaciencia por no tener aún los despojos del admirable matador allí, en su cuna, bajo el sol que le vió nacer y le alentó para empresas gallardas, de garbo y valentía no superadas por nadie.

* * *

Llegó por fin.

Fué un momento emocionante.

Si hay lugar donde contrasta lo fúnebre, es en la bella ciudad del Guadalquivir.

Rie todo.

El cenit, los campos, las calles, las moradas, las gentes...

Los rayos solares parecen dibujar acá y allá la palabra VIDA.

¡Y en aquello que más la representaba, en la fiesta de las fiestas, en el arte vívido, en una lozana representación de esa Vida, venía la Muerte!...

Mala elección de la Parca.

¿Por qué cebarse en la juventud, en la dicha, en la habilidad y el valor?

¿Por qué truncar una sonrisa halagadora, capaz de infundir la alegría en todas partes?...

Comprenderéis por estas consideraciones las caras lúgubres de los hombres y los rostros húmedos de las mujeres, el gran silencio de la multitud que unía una maldición a una plegaria ;

«¡ Maldita fatalidad !... ¡ Pobre *Joselito* !»

Se había ido un alma regocijada, y volvía un cuerpo inmóvil. Se había marchado una sonrisa, y regresaba la expresión eterna del dolor.

Retratos, coronas, flores, pésames... Sí, todo parecía poco.

Sevilla ya no le podía aplaudir, no podía hacer más que llorarle.

Llegó de la villa y corte el féretro hecho un vergel, un inmenso túmulo de flores.

Y la tierra andaluza, que las produce tan bellas, aumentaba el caudal de un modo extraordinario.

Era aquello una hermandad de espíritus, un nexó español, una comunidad de voliciones.

Si la bestialidad había podido incidentalmente con la destreza, si lo brutal había arrollado por un momento a lo artístico, si la fuerza inconsciente consiguió vencer al arrojo, el gran paladín se iría a la sepultura con lo más bello de la Naturaleza : el sentimiento y la piedad de los hombres, y la savia esplendorosa de campos y jardines.

Su tumba sería un carmen sagrado, un vergel religioso.

Arroyos y aceras, azoteas, ventanas y balcones estaban atestados de público desde horas antes de la llegada del tren.

Cuando éste llegó, fué recibido el cadáver por infinidad de comisiones y el alcalde de Sevilla.

Organizado el cortejo, en el que figuraban repre-

sentaciones de todas las sociedades taurófilas y personas de todas las clases sociales, púsose en marcha y siguió el trayecto señalado.

Al pasar el féretro por la plaza de la Campana, en la que está instalado el «Club Gallito», fué una verdadera lluvia de flores la que cayó sobre la caja.

En el cementerio había millares de personas.

Allí fué destapado el ataúd.

El cadáver de Joselito presentaba evidentes señales de descomposición.

Por este motivo hubo de desistirse de exponerlo al público, como había sido el primer intento.

Se dispuso darle inmediatamente sepultura.

Entonces surgió una dificultad.

La caja no entraba en el nicho.

Algunos de los presentes ofrecieron panteones de su propiedad para la inhumación.

Los ofrecimientos, aunque agradecidos, no fueron aceptados, porque se habría tardado cinco años en poder trasladar los restos al panteón de la familia de *Joselito*.

Atendida esta razón, procedióse a ensanchar el nicho, con lo cual se pudo al cabo de tres cuartos de hora dar sepultura al cadáver.

No faltó quien dijese, tomando pie de la menuda contrariedad en el acto de la inhumación :

—¡ Todo, ante él, resulta pequeño ; hasta la sepultura !...

Una ciudad entera había ido a rendirle el postrer tributo.

Pero el tributo más hondo será el que guarde la afición, el recuerdo de aquella figura simpática, de aquel joven valeroso y artista, arrojado y sentimental, que en el ruedo supo dar la sensación de un toreo enaltecido, perfecto, altamente personal e inconfundible.

Digamos la palabra : UNICO.

Anécdotas

Anécdotas

Verídicas o probables, se cuentan de *Joselito* infinidad de anécdotas.

De algunas podemos atestiguar la exactitud.

Las otras recogémoslas a título de curiosidad, y elegimos las más verosímiles, ateniéndonos para el caso a la sabida máxima de que *el estilo es el hombre*.

Ninguna le desdora, y todas y cada una dibujan su carácter.

Una de las veces que *Joselito* toreó en Barcelona, cuando todavía parecía existir cierta pugna entre él y Belmonte, dividiéndose la afición en dos bandos apasionadísimos, hubieron de decirle :

—Se corre por ahí que Belmonte va a eclipsarte...

El matador interrumpió :

—¡ Bah ! Los eclipses duran sólo minutos.

* * *

Se le oyó gritar a un toro, al darle unos pases :

—¡ Cuádrate, condena, que un bello morir honra toa una vía !

* * *

Hiciéronle observar cierto día lo mucho que se comentaban las famosas *espantás* de su hermano, el *Gallo*, y replicó :

—No é que Rafaé s'asuzte, é que él no quié asuztar ar público con una corná.

* * *

Le decía una dama principal :

—¿ Cómo no tiene V. miedo a los toros, en la plaza ?

—Porqué un clavo zaca otro clavo. No se les tié mieo a los toros, por mieo ar público.

* * *

Otra le preguntó :

—¿Qué experimenta V. cuando le conceden una oreja?

—Pue, que se quea uno zordo con las ovacione.

* * *

Era de *tronío* y muy dicharachero, puesto a bromear.

Uno de esos infelices fracasados que se pegan como lapas a las lumbreras del redondel, estuvo en una juerga con *Joselito* y varios amigos suyos.

Borracho ya como una cuba, le decía el infeliz al maestro :

—Yo mato má que tú, y que Belmonte, y que tóos juntos.

—Sí, hombre, sí, er tiempo—le respondió *Gallito*, con su sonrisa habitual.

* * *

A propósito de su sonrisa enigmática, dijéronle una vez que recordaba la de la *Gioconda*, pintada por Leonardo de Vinci.

Joselito poseía instrucción, y conocía el arte en general. En el acto replicó :

—Bien puée ser. Pero yo no pinto *Monas*.

* * *

Su alma generosa apunta en el siguiente rasgo. Un pobre diablo que fiaba su sustento al pequeño sablazo, solía abusar del matador.

Advirtiéronselo, y contestó *Joselito* :

—Ya lo zé. Pero lo hace tan mal, que zi no me sablea a mí, no sablea a naide, y se quea sin comé.

* * *

Tenía sus salidas irónicas.

La noche misma del día en que fué llevado en triunfo hasta la calle de Alcalá, díjole un compañero :

—¡Chico ! ¡ Por la puerta grande !...

—No iba yo a zalí pó un agujero ;—respondió, encogiéndose de hombros.

* * *

En Jerez de la Frontera, estando sentado ante un velador a la puerta de un *bar*, acercósele un golfo.

—Zeñó *Joselito* : me guztaría zer torero.

—¿ Tiés afisión ?

—É que... quisiá ganá millone.

—Pos... dile a tu pare que te mande... a California.

—É que... no tendrá perras,—objetó ingenuamente el rapaz.

—Toma, pá el viaje. Pero... sin vuelta ;—dijo el diestro alargándole unos céntimos.

* * *

Fué siempre cumplidor de su palabra y formal en sus contratos.

Menchero es testigo de que jamás tuvo José Gómez una discusión con una empresa, ni eludió, como hacen tantos otros, el trabajar y el exponerse.

Su pundonor picaba muy alto.

Cuando debutó en Jerez, el 1908, con su cuadrilla de «Niños sevillanos», el empresario, alegando que no había cubierto los gastos, no les pagó, y entonces la apabullada cuadrilla pasó, en el *slipping* que es de suponer, a Lisboa.

Allí el empresario quiso también llamarse Andana, pero la cuadrilla, teniendo en el centro a *Jose-lito*, formó el cuadro, y el precoz espada le dijo al empresario, desde la segunda corrida, que él mismo administraría los fondos, o de lo contrario los «Niños sevillanos» no trabajaban más.

Fué un *volapié* superior.

* * *

Cuando el estreno en Madrid de *Los semidioses*, la comedia de Federico Oliver, el exquisito censor teatral. Manuel Bueno, haciendo la crítica de la

obra, mencionó con cierto enfado el hecho de recibir *Joselito* continuamente cartas incendiarias de mujeres.

Leyéronle el resquemor del crítico, y exclamó el afortunado galán, entre discreto y ufano:

—No é pa tanto la coza. No hay má sino que Manolo Bueno... é muy *bueno*.

* * *

En Barcelona pidióle un pobre inválido del toreo que le procurara de la empresa unos cuantos billetes para revender.

Conseguido lo que quería, empezó a pregonar por las Ramblas localidades para la corrida.

Estando prohibida la reventa, la policía se metió con él.

—¿No sabe V. que eso no está permitido?

—E que yo tengo permiso...

—¿Permiso de quién?

—Pos... de *Joselito*.

Detuviéronle, y le falló, por consiguiente, el propósito.

A la temporada siguiente, el individuo en cuestión volvió a las andadas.

—¡No puede V. revender billetes!

—E que yo... tengo permiso corfirmao.

—¿Permiso?

—Zi zeñó,

—¿Quién se lo ha dado?

—*Joselito*.

Conducido otra vez al gobierno civil, y enterada la primera autoridad de la provincia, ordenó que se le dejara, pues, efectivamente ¡*tenía permiso de Joselito!*...

El alma buena del matador había volado sin duda por encima del reglamento.

* * *

En Sevilla estaba una vez tomando unas cañas con varios amigos, cuando llegó el suegro de otro torero famoso, persona que presumía de lista y era poco dada a la esplendidez.

—Bueno, bebamos unas tandas más.

Pero ná de andar con pago a ezcote. Que lo pague tóo uno, eh?

Y, guiñándole el ojo a *Joselito*, pareció indicarle a uno de la reunión, a quien hubo de tomar por un señoritingo, para hacerle *pagano*.

Tratábase de un amigo del diestro, que no solía usar sombrero cordobés ni prenda alguna tirando a torería.

Las rondas de cañas menudearon, y ya el guasón creyó conveniente rematar la gracia.

—¡Ea, basta, a pagar! Pero uno zolo, a ver, quién?... Usté va a decílo.

Y tornó a guiñarle el ojo a José Gómez.

Este contestó llanamente :

—Pos... uzté mismo.

Y se levantó, marchándose en unión de su amigo.

* * *

El poeta Carrére escribió, por aquellos días en que la gloria del *Gallito* llegaba a su máxima intensidad, un soneto manando lágrimas, del cual son estos versos :

*Ya ha perdido la estrella de su norte la raza ;
y a este pueblo borracho, que vocea en la plaza
y gusta de emociones crueles y delirantes,
le interesa el GALLITO mucho más que Cervantes*

Cuentan que el torero de Gelves, a quien nunca emborrachó el aplauso, replicó en la intimidad :

—Sí. Pero Cervantes dejó un *Quijote*, y mi obra va a morir conmigo. No é injusta, por tanto, la apoteosi en vía. Toíto en er mundo tié su compensación.

* * *

La madre de *Joselito*, Doña Gabriela Ortega, se opuso tenazmente a que su hijo menor se dedicase al toreo.

Pudiendo más la vocación que el amor filial en el niño, la pobre señora se vió desobedecida y contrariada,

Más de cuatro veces hubo entre madre e hijo escenas lastimosas.

Con ánimo de tranquilizarla y borrar el mal efecto de la rebeldía del hijo, decíanle una vez :

—Parece extraño que eso la preocupe a usted tanto. Al fin su marido de usted fué torero, y lo son también sus otros dos hijos, Rafael y Fernando, sin que por ello se la haya visto a usted derramar tantas lágrimas ni sentirse tan agobiada.

Doña Gabriela hubo de manifestar entonces que la causa de su preocupación era el presentimiento de que a *Joselito* lo había de matar un toro.

La muerte se anticipó para ella, ahorrándole el golpe terrible que hubiera recibido con la tragedia de Talavera de la Reina.

Por eso pudo exclamar Vicente Pastor, al enterarse de la cogida :

—«Si hubiera vivido Gabriela... ¡Desventurada madre!»

* * *

Terminaremos este capítulo, no con anécdotas, pero sí con algo que demuestra el grado de celebridad a que había llegado *Joselito*.

Le faltaban por torear este año (1920) las siguientes corridas :

17 de mayo, en Madrid ; 18 y 19, en Badajoz ; 21, en Madrid, la del Montepío de Toreros ; 23,

seis toros de Guadalest para él solo, en la plaza de La Línea ; 25, 26 y 27, en Córdoba ; 30 y 31, en Cáceres.

Junio.—Días 3 y 6, en Granada ; 10, en Barcelona ; 13, 14 y 15 en Algeciras ; 17, en Madrid ; 20, en Valencia, que iba a cambiar para dársela a Madrid ; 24 y 27, en Barcelona ; 29 y 30, en Alicante.

Julio.—Día 4, en Pontevedra ; los 7, 8, 9, 10 y 11, en Pamplona ; 18 y 19, en Málaga ; 22, en Puerto de Santa María ; 25, 26, 27, 28 y 29, en Valencia ; 31, en la Coruña.

Agosto.—Día 1.º, en la Coruña ; 3 y 4, en Santander ; 5 y 6, en Vitoria ; 7 y 8, en Santander ; 10 y 11, en Gijón (la misma empresa de Talavera) ; 14, 15 y 16, en San Sebastián ; 18 y 19, en Ciudad Real ; 22, 23, 24, 25 y 26, en Bilbao ; 28, en Linares ; 29 y 30, en Málaga.

Septiembre.—Días 2 y 3, en Mérida ; 4 y 5, en Priego ; 6, en Quintanar de la Orden ; 7 y 8, en Murcia ; 10, 11 y 12, en Albacete ; 13 y 14, en Salamanca ; 15 y 16, en Zamora ; 17, 18, 19 y 20, en Valladolid ; 21, 22 y 23, en Logroño ; 24 y 26, en Barcelona, 28, 29 y 30, en Sevilla.

Octubre.—Día 3, en Valencia, a beneficio del Montepío de Toreros ; 10, en Barcelona ; 13, 14, 15, 16 y 17, en Zaragoza. El día 24, debía poner fin a

su temporada toreando él solo seis toros de Palha, en Valencia, y aún esperaba ocho o diez contratos más pendientes de resolución.

Llevaba toreadas, hasta la de Talavera, las corridas siguientes en esta temporada :

Abril.—El día 4, en Sevilla, con *Chicuelo* y Sánchez Mejías : toros de Nandin. El 5, en Madrid, con Belmonte, *Valerito* y Sánchez Mejías : toros de Martínez. El 6, en Murcia, con Belmonte y Sánchez Mejías : toros de Argüeso. El 19, en Sevilla, con Belmonte y *Belmonte II* : toros de Tamarón. El 21, en Sevilla, con *Belmonte II* y Sánchez Mejías : toros de doña Carmen de Federico. El 22, en la misma plaza, con Belmonte y *Chicuelo* : toros de Guadalest. El 23, en la propia plaza, con Belmonte, *Valerito* y Sánchez Mejías : toros de Miura. El 25, en Andújar, con Belmonte y *Valerito* : toros de Nandin. El 28, en Sevilla, con Belmonte : toros de Gamero Cívico. El 29, en Jerez, con Belmonte y *Chicuelo* : toros de Villamarta. El 30, en el mismo circo, con los mismos compañeros del día anterior : toros de Tamarón.

En total, doce corridas.

Mayo.—El día 3, en Bilbao, con Belmonte : reses de Tamarón. El día 5, en Madrid, con Belmonte y Sánchez Mejías : reses de Santa Coloma. El día 6, en Barcelona, con Sánchez Mejías : ganado de

Santa Coloma. El día 9, en Ecija, con Sánchez Mejías y *Chicuelo* : ganado de Antonio Flores. El día 10, en la misma plaza y con los mismos compañeros : ganado de Campos. El día 13, en Valencia, con Belmonte y *Valerito* : reses de Contreras. El día 15, en Madrid, con Belmonte y Sánchez Mejías : ganado de Garvey y Salas.

En junto, siete corridas. Con la de Talavera de la Reina, hacían ocho.

Cabos sueltos

VI

Cabos sueltos

Todo cuanto se relaciona con el gran torero que acaba de fallecer, nos parece interesante para el lector.

Por esto reproducimos aquí algunas referencias e informaciones curiosas.

LA ÚLTIMA VOLUNTAD

Díjose en un principio que no había hecho testamento.

Parece comprobado que sí.

Su fortuna, evaluada en unos tres millones de pesetas, pasa a sus hermanos Rafael, Fernando, Gabriela, Lola y Rafaela, como usufructuarios, para heredarla luego sus sobrinos.

LA AFLICCIÓN DE BELMONTE

Al saber Belmonte la desgracia, sufrió un desvanecimiento.

Manifestaba la estimación en que le tenía, asegurando que su amistad con *Joselito* había llegado a ser, sobre todo en los últimos años, verdaderamente fraternal.

—Nos comunicábamos—añadía Belmonte—hasta los más íntimos pensamientos. Yo no podré olvidarle.

500,000 DÓLARES

Personas de la intimidad de *Joselito*, aseguraban en Sevilla que había hecho un seguro de vida con una Compañía norteamericana, por 100,000 libras esterlinas, 500,000 dólares.

La mayor parte de sus alhajas, que solía llevar muy pocas veces, las tenía el diestro depositadas en la sucursal del Banco de España, en Sevilla.

NEGOCIOS EXTRAS

No todos sus beneficios o utilidades los debía a su trabajo como torero.

Asegúrase que el marqués de Urquijo, gran amigo suyo, le asesoraba bien y le asociaba a sus negocios más lucrativos.

Buena parte de su capital lo debía a afortunadas especulaciones.

CONFIANZA VANA

En los primeros momentos de ocurrir la catástrofe, nadie creyó que la cogida fuera de tanta importancia.

Sánchez Mejías mismo no consideró tan grave el percance, y pareció querer tranquilizar al público, que se manifestaba horrorizado.

Al enterarse de la triste verdad, su desconsuelo no tuvo límites.

Pero la verdad no se la dijeron al cuñado de José hasta terminada la corrida.

Así y todo, impresionado, hubo de estoquear el quinto toro, el bronco *Bailador*, y el sexto, con más ganas de acabar pronto que de lucirse.

PROPÓSITOS FALLIDOS

En verdad *Joselito* no iba a ganar, sino a dar *cartel* a unos toros de ganadería sin fama, y a complacer a los aficionados de Talavera de la Reina, proporcionando el consabido *lleno* a los empresarios, amigos suyos.

Y lo que había de ser gloria para todos, terminó en desastre.

MEDALLA SALVADORA

En el acto de morir, quitáronle del cuello un retrato de su madre y una medalla de la Virgen de la Esperanza.

La medalla le había salvado de una cornada en San Sebastián, y por esta circunstancia la llevaba, deformada y todo, siempre encima como una reliquia.

LOS CORNICORTOS

Dijo *Joselito*, durante el viaje a Talavera, que la gente creía que los toros cornicortos son de poco respeto, siendo así que ocurre todo lo contrario.

Y, en efecto, un toro conicorto le iba a causar la muerte horas después.

UNAS FRASES DE GUERRITA

El exmatador de toros Rafael Guerra (*Guerrita*), quería a *Joselito* entrañablemente, y aun fué su leal consejero en no pocas ocasiones.

Se atribuye al *Guerra* estas frases:

«—Han terminado en España los buenos e inteligentes toreros. La muerte de *Joselito* motivará que muchas personas se retiren de la afición.»

Es posible que el gran cordobés acierte, porque el arte taurino sufre una dolencia extraña llamada *desaprensión*, solamente evitable con una cosa: la severidad del público.

Apéndice

VII

Apéndice

El día 21 de mayo celebráronse en la Catedral de Sevilla los solemnes funerales por el alma del que fué excelente matador de toros, el imponderable José Gómez Ortega (*Joselito*).

Fué una ceremonia religiosa a tono con la calidad del difunto.

Asistió el Cabildo en pleno y ofició un dignidad, revestido con lo más preciado del vestuario de la Catedral.

Para el fúnebre acto fué levantado un túmulo de tres cuerpos, que cubrían riquísimos paños de terciopelo negro con bordados de oro.

El túmulo estaba rodeado de luces en número extraordinario.

Al terminar el funeral, desfiló la concurrencia, que fué numerosísima, ante el duelo.

Formaban éste el arzobispo, el gobernador civil, el alcalde, el hermano del difunto, Fernando

Gómez, y su hermano político Sánchez Mejías y Enrique Ortega; el general de división don Luis Jordán, el teniente de ingenieros don Juan Caparrós, el notario don José María Rey, don Juan Antonio Jacobo, don Manuel Esparraguera, don Juan Soto; el delegado de Hacienda, don Antonio Filpo y una comisión de la hermandad de la Virgen de la Esperanza.

Las campanas de la Giralda doblaron constantemente durante los funerales.

No se recuerda en Sevilla honras fúnebres de magnificencia tal.

En Cádiz celebráronse también funerales por el alma de *Joselito*, en la iglesia de Santa María, asistiendo infinidad de personas.

Presidieron el duelo don José Jiménez, don José Villegas, don Simón Delgado y los toreros *Agua-limpia* y *Conejo*.

FIN

Índice

| <u>CAPÍTULOS</u> | <u>PÁGINAS</u> |
|------------------------------------|----------------|
| I La fiesta nacional | 7 |
| II Vida de Joselito | 15 |
| III El Arte del gran torero | 37 |
| IV La tragedia | 51 |
| V Anécdotas | 73 |
| VI Cabos sueltos | 87 |
| VII Apéndice | 93 |

102/507



BOCCACCIO

DEL VIAL

Joselito

BOCCACCIO